

UN INSIGNE PREDICADOR ESPAÑOL

DEL SIGLO XVI

(Conclusión)

¿Quién es Fr. Alonso de Cabrera?

Su nombre no figura en ninguna de nuestras historias literarias. Sus obras no se citan ni extractan en ninguna de nuestras antologías. Ni Capmany, ni Ticknor, ni ninguno de nuestros historiadores literarios se han acordado para nada de Fr. Alonso de Cabrera. El único que hemos visto hablar de él es D. Antonio Ferrer del Río en su discurso de entrada en la Real Academia Española (1), y de él sólo cita el sermón funeral de Felipe II, dando muestras evidentes de ignorar en absoluto al personaje y de haber formado una idea muy equivocada de los méritos de su predicación.

Comencemos á darle á conocer, principiando por sus cualidades artísticas ó literarias. Muchos creerán exagerado lo que vamos á decir, pero los que tal crean tienen la prueba muy á la mano. Lean las *Consideraciones Cuaresmales* que van á seguida de este *Discurso*, pasando por encima del *Prólogo*, que no es suyo, y vean y juzguen por sí mismos de los méritos del P. Fr. Alonso de Cabrera.

No es tan elocuente como Fr. Luis de Granada, ni tan vehemente y afectuoso como el Maestro Juan de Avila, ni tan atildado como Fr. Luis de León, ni, pasando á los profanos, tan dulce y armonioso como Lope de Vega, ni tan ingenioso como Cervantes, ni tan conciso y sentencioso como Quevedo; pero á todos ellos excede en naturalidad de expresión, en copiosa variedad de vocablos, en libertad de la construcción y de la sintaxis, en la galanura que puede dar á la frase una imaginación rica, fecunda y amena. Es Fr. Alonso de Cabrera, entre nuestros Maestros del si-

(1) *La Oratoria Sagrada Española en el siglo XVIII*, pág. 10.

glo XVI, el hombre que ha hablado mejor y más bien conversado en la lengua castellana, el que la ha manejado con más garbo y gentileza y, al propio tiempo, con más llaneza y naturalidad. Esto, repetimos, podrá parecer exagerado ó quizá falso de todo en todo; pero el que tal crea, á mano tiene el desengaño.

Sobre esto de escribir y de hablar, decía uno de los grandes maestros que tuvo el arte crítico en el siglo pasado: "Hay que escribir lo más que se pueda tal como se habla y no empeñarse demasiado en hablar tal como se escribe" (2); precepto hermosísimo, que vale él solo por todo un capítulo de retórica y que tiene aplicación maravillosa en el caso de Fr. Alonso de Cabrera.

Son las *Consideraciones* de este gran predicador una serie de conversaciones llanas, familiares, sencillísimas, pero nunca bajas ni incultas, mucho menos vulgares ó charrerías. En cada una de estas conversaciones hay todas las gradaciones de estilo, alto y bajo, llano y vehemente; todas las formas retóricas ó artísticas á que se suele acudir en una plática familiar y al alcance del vulgo. Los franceses llaman á esta clase de pláticas *causerie*, y al que las hace ó desempeña *causeur*; palabras que, traducidas por conversación y conversador ó hablador, no dan toda la significación del vocablo. En este género han tenido nuestros vecinos ejemplares notabilísimos. En España ha habido pocos (en la escritura se entiende, que en la conversación ya es otra cosa), tal vez por la tiesura, gravedad y entono algo afectado de nuestro carácter nacional. En este punto es casi único el P. Fr. Alonso de Cabrera. El escritor que más se le acerca es, á nuestro juicio, si bien no llega á igualarle, el P. Alonso Rodríguez, otro desconocido para la gente de letras, si bien conocidísimo de la gente piadosa y devota; el admirable autor del *Ejercicio de perfección y*

(2) *Il faut écrire le plus possible comme on parle, et ne pas trop parler comme on écrit* (Sainte-Beuve, V. *Les cahiers de Sainte-*

virtudes cristianas, obra vulgar no sólo en España, sino en todas las naciones católicas.

Lá manera como el P. Fr. Alonso de Cabrera lleva adelante su conversación es realmente admirable. Es un arte el suyo en que el arte, ó más bien el artificio, está del todo ausente: llano, familiar, sencillo, tan sencillo que cualquiera creerá que es capaz de practicarlo ó desempeñarlo. Habla de cosas difícilísimas con una naturalidad que embelesa. Pasa de lo dogmático á lo moral, de la erudición á la práctica de la vida con la mayor sencillez y facilidad del mundo. Su imaginación rica y pintoresca le sugiere mil medios para explicar el pensamiento con singular viveza y claridad. La sal andaluza (de Andalucía era el P. Cabrera) viene á mezclarse á veces en estas conversaciones, dándoles un sabor ó picante realmente exquisitos, pero nunca inconvenientes ni contrarios á la gravedad de los asuntos de que en ellas trata. En este punto la discreción del P. Cabrera llega al extremo. Igual sucede cuando trata asuntos difíciles ó escabrosos. Aquí vence dificultades al parecer insuperables.

Esta variedad de medios y artificios de estilo que emplea el P. Cabrera para lograr lo que pretende, es realmente increíble; textos de autores sagrados y profanos, ejemplos, descripciones, dialogismos, etc., todo le sirve para su intento.

En eso de los diálogos está muy famoso. Véase uno de ellos, y por él empezará el lector á conocer lo que es el estilo del P. Cabrera y la hermosura y el donaire de su lenguaje.

En la introducción de las consideraciones del Domingo de Quincuagésima habla de las maravillas con que quiso Nuestro Señor autorizar la santidad del Profeta Eliseo, y cuenta el caso siguiente:

“Entre otras maravillas con que Nuestro Señor quiso autorizar la santidad del Profeta Eliseo, hombre muy favorecido en todo, fue una de sus gracias que ciertos reli-

giosos de su compañía, á quien la Escritura llama hijos de Profetas, y vivían en comunidad, quisieron ir un día á cortar madera para reparo de sus chozas; y yendo á pedir para ello licencia y bendición á Eliseo, le suplicaron que se fuese con ellos, que es gran alegría para el súbdito ver en su trabajo delante á su Prelado.—Este heremitorio en que vivimos es estrecho para los muchos que somos; vamos, si á vuesa Reverencia le parece, á cortar alguna madera desas alamedas y sotos del Jordán, y haremos otro más capaz en que pasemos con más anchura.—Id con la bendición de Dios.—Véngase vuesa Reverencia en nuestra compañía y desenojarse há un rato y nosotros lo ternemos muy bueno con su presencia.—Que me place, vamos todos. Sucedió que andando haciendo su tala, saltó de la manija ó cabo, á uno que no le había bien requerido, el hierro de una hacha en el agua, y fuese al fondo. Viénesse lamentando su desgracia al Profeta, con el cabo en la mano, el monje, y cuéntale su caso; y añade que si fuera suya la hacha, no se le diera nada, pero que era prestada, y que deso le pesa, porque no sabe cómo llevará su dueño la pérdida de instrumento tan necesario á quien vive en el campo, y la há para mil cosas menester cada hora.—No os fatiguéis, hijo. Vamos allá; encomendadlo á Dios, que todo tiene con su favor remedio. Llegan al piélago ó remanso en que había caído el hierro y pregunta: ¿Dónde cayó?—Allí.—Corta de presto una rama del árbol y arrojala al mismo lugar; y no fue echar la sogá tras el caldero, porque luégo, como si fuera piedra imán, llamó el madero al hierro á sí y nadó el hierro sobreaguado.—Tomad el hierro y encabadle mejor y andar á hacer vuestra hacienda. Si encabada cayera la hacha en el agua, era cosa natural que el hierro con su peso venciese la ligereza y poco peso del leño y le llevase tras sí al suelo. No puede sin gran maravilla considerarse que lo liviano arreatase tras sí lo pesado y le hiciese sin tocarle subir á lo alto, etc.”

Historias y diálogos como éste y tan bien parlados se hallan muchas en las *Consideraciones* del P. Cabrera; á veces

son tomados de libros ajenos, como el copiado, á veces surgen de repente, al andar de la plática, entre el predicador y los oyentes ó entre estos mismos oyentes, según que rueda la conversación, que no es otra cosa la predicación del P. Alonso de Cabrera.

Por el trozo copiado ya se habrá visto el estilo de nuestro predicador.

“El lenguaje del predicador, decía un antiguo, ha de ser propio, casto, grave, nativo, común para ser entendido, si bien las palabras no han de ser vulgares, sino escogidas y de buen sonido.” De un predicador de Felipe II dicese que decía el gran monarca (1): “Fulano no sabe más que un vocablo para cada caso, pero es el propio.” Predicador de Felipe II fue el P. Alonso de Cabrera, y de los que gustaba más de oír, y es posible que á él se refiriese su dicho.

Es el lenguaje del P. Cabrera propio, natural y de lo más puro y castizo. Nada hay en él que no sea tomado de lo más íntimo y entrañable de nuestra lengua. Todo es oro fino, acendrado, de buena ley. Bien lo dice la muestra copiada, y lo confirmarán las que se han de copiar.

Pero en lo que es singularísimo nuestro predicador, en lo que no tiene rival, á nuestro juicio, es en la soltura y genial libertad con que une los vocablos, en la gallardía de su sintaxis, á pesar de esto siempre correcta; en el garbo, galanura y gentileza de toda su habla. Esto hay que estudiarlo muy de cerca, y con la pluma en la mano á ser posible, anotando frases y construcciones para ver hasta dónde llega el gran maestro en este punto. Es muy común en él el variar el sujeto de la oración, el suprimir los verbos, cambiar los tiempos de éstos, dando otra dirección al pensamiento, pero siempre con gracia, con propiedad, con donosura especialísima. Su sintaxis, la colocación de las palabras, la diferencia de matices que da á una construcción, arguyen singular maestría. En este punto es único Fr. Alonso de Cabrera.

(1) *Vida del P. Fr. Luis de Granada*, por Luis Muñoz, libro I, c. XX.

La riqueza de su vocabulario es inmensa. Es tan inmensa, que no sólo comprende la mayor parte de las voces que se registran en nuestro Diccionario, sino que en él hemos contado más de quinientas entre palabras, acepciones, primores singularísimos de sintaxis, igualmente propias, igualmente castizas, pero que, como tantos otros miles de palabras y frases y maneras de decir que andan descarriadas por ahí en autores desconocidos, no han tenido la fortuna de ser registradas en nuestros Diccionarios (1).

Cuando emplea alguna comparación, y en él es muy frecuente el uso de esta figura ó forma de estilo, hay que notar esta riqueza de su lenguaje. Es de reparar muy especialmente esta riqueza cuando por casualidad habla de cosas de mar. Había el P. Fr. Alonso de Cabrera navegado á las Indias y estado en la isla de Santo Domingo en los días de su juventud, aunque ya religioso, pero no sacerdote, y durante el viaje hubo de oír gran número de frases y palabras de la marinería, las cuales, memorioso como era, hubieron de quedársele muy fijadas en la imaginación. De estas palabras usa muchas en sus *Consideraciones*. Véase el trozo siguiente:

“¿Qué turbados debían en aquella sazón de andar los Apóstoles, corriendo, resbalando, cayendo? Unos al timón, otros á la vela, éste á la triza, aquél á la escota, cuál al boliche, cuál á los amantillos; ya andan á la bomba, ya zafan el combés y la jareta, ya arizan las cajas que ruedan; ni saben si echarse á mar de través, si correr con el trinquete á medio árbol, sacada la boneta. Es cosa extraña ver en semejantes turbaciones que poco saben aun los más cur-

(1) Para que se vea que no hay exageración en lo que decimos, nótese que sólo en los trozos del P. Cabrera copiados en este *Discurso preliminar* hay no menos que dieciséis palabras: unas que no constan, otras que indican nueva acepción, otras que modifican la que tienen, en el *Diccionario de la Academia*. Estas palabras son: *favorecido, pasar, encabar, piélagos, de levante, entreclaro, lectura, sobre, hacer estado, pasear, dar encuentro, de manga, derramado, ofrendar, respo, padre de penitencia*.

sados, porque eso de la aguja, ballestilla, astrolabio y carta es casi para cuando no es casi menester: que hay bonanza, porque con ella todos son astrólogos más que Tolomeo; pero si el cielo se cierra y no parece sol ni norte, y anda el mar de levante y el viento sopla, todo vale nada; todos mandan á gritos, nadie hay que obedezca, los unos á los otros se estorban, y éstos son más ocasión de que el navío se anegue, que le habían de gobernar" (1).

La imaginación del P. Fr. Alonso de Cabrera, rica, variada, pintoresca, le daba gran facilidad para las descripciones. De ellas hay infinitas en las *Consideraciones*, ya del orden físico, ya del moral. Véase cómo describe el amanecer del día:

"Cuando no tuviera Cristo nuestro Redentor más que ser luz, fuera amable á todos; pues sin luz no hay gozo, y con ella cesa el pesar. Quien trajo la nueva de haber nacido esta luz, la trajo de haber nacido el alegría. Y quien pidió albricias de lo uno, también de lo otro. *Evangelizo vobis gaudium magnum quia natus est vobis hodie Salvator*: Nuevas os traigo de gozo grandísimo y general para todo el mundo: que hoy es nacido el Salvador, que ya ha amanecido la luz. Cuando sale la luz, ¿quién no se alegra? Los árboles parece que despiertan y se ríen, y se visten de librea con unos entreclaros y oscuros que hacen los rayos del sol pasando por sus ramas. Las yerbecitas, ajadas y mustias con las tinieblas, resucitan. Las flores, encogidas y como viudas tocadas, á la luz que viene desplegan sus hojas y descubren la belleza de su rostro, y se alegran y lavan la cara con el rocío del cielo para verla y ser vistas della. Abren las rosas sus capullos y exhalan grande fragancia de olores, que con la humildad de la noche han estado soñolientos y retraídos. Gorjean las aveci- cas en los árboles, y reciben á la luz con música. Sale el gañán con sus bueyes contento, el aperador con sus peones

(1) Sermón del tercer Domingo después de la Octava de la Epifanía.

cantando, el señor que va á caza con sus halcones; el caminante empieza su jornada, el enfermo respira y cobra aliento. ¡Oh luz divina! en saliendo vos, ¿quién no se alegra? El rostro del mundo parece otro; el caminante, el trabajador, el enfermo, el chico y el grande se gozaron de vuestra venida, los que como aves vuelan y los que como bueyes aran y afanan, justos y pecadores."

Descripciones como ésta las tiene innumerables el P. Alonso de Cabrera.

Sería muy largo entrar en más particularidades acerca de la parte artística del predicador y discurrir sobre las cualidades de su estilo, de la pompa de su lenguaje y de las condiciones de su predicación.

En medio de esta riqueza y pompa de lenguaje no se puede negar que el P. Fr. Alonso de Cabrera tiene un defecto que deslustra de manera muy lastimosa sus *Consideraciones*. Este defecto consiste en el abuso de citar textos latinos, ya de autores sagrados, ya profanos, siempre á propósito, es verdad, pero demasiado copiosos y que afean notablemente el paño magnífico de su riquísima prosa castellana. En su tiempo, cuando se sabía más latín que ahora, este defecto no sería de grande importancia. Hoy, con la ignorancia del latín que priva en todas las clases de la sociedad, aun en las que más debieran cultivarle, viene á ser muy notable; y ha de ser advertida, ya que, aunque excusable, no puede menos de rebajar el valor de las *Consideraciones*.

Su física también es muy defectuosa. Es la de su tiempo. Plinio es el autor más consultado, y tras de él los autores de Historia Natural más famosos y corrientes en su época. Mas en esto, es claro, es también excusable. Hubo de tomar las noticias de las cosas naturales donde las hallaba, buenas ó malas, auténticas ó ficticias. En esto hizo lo que hacían todos y lo que no podían menos de hacer.

Su erudición escriturística es realmente maravillosa. Para cualquier idea tiene el P. Cabrera un texto, caso ó

ejemplo de la Sagrada Escritura. No parece sino que se tenía aprendida de memoria toda la Biblia, y que sus textos ó ejemplos le acudían como llamados; pero esta aplicación de textos es á veces defectuosa, interpretándolos muy caprichosamente.

Viniendo á la disposición de la materia y á la forma de su predicación, es ésta en el P. Cabrera sumamente sencilla y aun uniforme. Habiendo tomado por modelo de su predicación la *homilía*, y no podía tomarlo mejor, ya que este género literario, como se ha dicho, es el tradicional, el verdadero y propiamente cristiano, siguió en este género la forma y disposición y desenvolvimiento del asunto que nos dejaron los que lo introdujeron en la Iglesia, que fueron los Santos Padres. Empieza generalmente por una exposición breve, compendiosa, pero muy eficaz, del Evangelio que ha tomado por tema de su consideración; á veces indica concretamente el asunto ó texto que va á exponer, á veces no; é invocado el auxilio de Nuestra Señora, empieza generalmente por alguna idea muy ajena al asunto de que va á tratar, tomada de los Salmos de David, de los Cantares de Salomón, de las Epístolas de San Pablo, y luégo, sin saber uno cómo, se halla metido en el cuerpo de la explicación del Evangelio tema del sermón; la cual se va desenvolviendo á vueltas de consideraciones escriturísticas, teológicas, morales, entrando y saliendo del asunto, tomándolo y dejándolo, yendo de acá para allá, con mil aplicaciones prácticas, con mil citas, figuras y comparaciones, mezclado y revuelto todo en un hermosísimo desorden. En todo esto tiene el P. Cabrera gran semejanza con algunos de los grandes modelos de predicación que nos dejaron los Santos Padres griegos y latinos, San Juan Crisóstomo, por ejemplo, ó San Agustín.

Una hora solía durar el sermón ó las *Consideraciones* del P. Cabrera; pero si éstas eran tales como quedaron escritas (y serían sin duda mejores), no hay duda que los cuatro cuartos de la hora habían de hacerse á los oyentes

unos pocos minutos. De los tiempos del P. Fr. Alonso de Cabrera acá los gustos han variado mucho; pero como lo bueno siempre es bueno, es muy probable que si el día de hoy uno de nuestros predicadores predicase las *Consideraciones* del P. Cabrera, tales como salieron de los labios de éste, y si supiese dar á su declamación algo de la gracia que hubo de tener el Padre, habría de producir en los oyentes singularísimo deleite.

La doctrina teológica y especialmente la moral del P. Cabrera es abundante y muy sólida, puesto que la había bebido en las fuentes de Santo Tomás de Aquino. Es tomística por excelencia en la acepción propiísima de la palabra.

Pero lo que es de admirar sobre todo en el P. Cabrera es su libertad apostólica. Es esta libertad sobre toda ponderación; es tal que quizá no haya habido predicador que haya tenido en el púlpito tales atrevimientos, si atrevimientos han de llamarse los que son santos desahogos de un corazón inflamado del amor de Dios, defensor del honor y gloria de la Majestad Divina y celosísimo del bien de las almas de sus hermanos. Pruebas de esta santa libertad las hay innumerables en las *Consideraciones*. Traeremos una ó dos no más.

Dice así en las *Consideraciones* del Lunes después del segundo Domingo de Cuaresma:

“Salid por esas plazas, entrad por esas calles, casas, ruas y lonjas de contratación, y mirad si halláis un hombre virtuoso, verdadero temeroso de Dios, y si le halláis, yo me daré por vencido y envainaré la espada de mi justicia. No hay estado que esté en pie. Empecemos por los pobres y gente plebeya. *Induraverunt facies suas supra petram et noluerunt reverti*. Todos perdidos. Corazones más que de piedra, impacientes, soberbios, mentirosos; aquí jurando, acullá maldiciendo. El oficial ha de comer tan buen bocado y traer tan buena capa como el caballero; y su mujer saya de seda y manto de lustre, como la señora; y con

eso murmurar de los ricos. Yo (dice el Profeta), hice mi cuenta: *Forsitan pauperes sunt et stulti, ignorantes viam Domini*. Parece que tiene excusa que son pobres de dinero y de seso. La pobreza, aunque no es vileza, suele ser causa de hacerla: que hurte el pobre para matar su hambre; que se perjure para defender el hurto, y con eso poca razón y mucha ignorancia de la ley de Dios. *Ibo igitur ad optimates*. Quiero dejar á los pobrecillos é iré á casa de los grandes, á los ricos, á los poderosos, que son más entendidos y discretos para conocer á Dios y á su ley, y hacer el precio y tanteo de las cosas. *Et ecce magis hi simul confregerunt jugum, ruperunt vincula*. ¿Pasáis por tal cosa? Que todos estos juntos, de mancomún, quebrantan las leyes divinas y humanas, y son peores que los vulgares. Que al fin el pobre es como vasallo del rey, que besa la provisión real y la pone sobre la cabeza, aunque suplica del cumplimiento de ella; tiene respeto á la ley, y no la osa quebrantar al descubierto. Pero el rico, el poderoso, descaradamente rompe las leyes; no hay yugo para ellos. Si les dice que ayunen y no coman carne en cuaresma, dicen: A los frailes con eso. Si que paguen lo que deben: A los mercaderes con eso. Si que confiesen y comulguen: A las monjas con eso. Si que perdonen las injurias: A la gente baja con eso. Si que hagan limosna: Al Obispo con eso. Ellos chupan la sangre de los pobres, engordan con los propios de la República. Son la gomia de cuanta provisión viene á la ciudad. Sus despenseros son ladrones; sus despensas, carnicerías y pescaderías públicas, donde se vende el gato por liebre. Todo les parece lícito. No hay árbol que no desfruten, ni leche que no desnaten, ni flor que no deshojen.

.....

“Jezabel se ríe del rey Acab, y dice que no sabe gobernar ni tiene autoridad de rey, porque ésta se ha de mostrar en quitar á Nabot su viña para hacer jardín, y sobre ello la vida. Los criados del rey Abimelech le dan noticia que ha llegado á su tierra la hermosa Sara con su marido

Abraham, y luégo se la manda quitar, y la deshonrara si Dios no la defendiera. Este es el ingenio de los grandes: hacer estado de quebrantar la ley de Dios; y ni hay confesor que se lo reprenda, ni juez que los castigue. *Idcirco percussit eos leo de silva*; por eso yo los castigaré (dice Dios) con un león que los despedace, que fue Nabucodonosor. Es providencia del cielo que haya un grande para otro grande; para un caballero un pesquisidor; para un rico un alcalde de corte; para un señor el rey que se lo lleve todo, pues no les dais á los pobres parte. Vamos adelante á los mancebos, á los hijos de estos grandes. *Filii tui dereliquerunt me et jurant in his qui non sunt et in domo Dei; saturavi eos et mœchati sunt et in domo mœreticis luxuriabantur*. Esos mocitos: no hay más memoria de Dios que si fuesen turcos. Sólo se acuerdan de él para jurar y perjurarse: comedores, bebedores, tahures, deshonestos, y no como quiera, sino con escándalo, haciendo escuela pública de pecados.

.....

“¿Quedan más? Sí, los letrados y jueces.

“Hay unos en la República que sirven de cazadores, que ponen lazos y perchas para cazar á los hombres; que hacen un pleito de malo bueno y también de bueno malo. Y por sus leyes darán contrarias y contradictorias verdaderas. Sentencian en un mismo negocio, una vez por uno y otra vez por otro, y á ambas les dicen que tienen justicia para que gasten su hacienda en pleitos. Y si los tristes negociantes quieren hablar una palabra, les hacen luégo señal que cierren las bocas y abran las bolsas, no destruyan el negocio. Y cuando sentencian contra su parte, le consuelan: No os espantéis, señor, de la justicia que os han hecho, que allá van leyes donde quieren reyes. Como jaulas llenas de pájaros (dice Dios), así sus casas están llenas de hurtos y rapiñas, y con eso enriquecen y hacen mayrazgos. Y así un letrado, en lugar de santiguarse por la mañana, decía á su mujer: Plega á Dios, señora, que Dios

desconvenga á quien nos mantenga. Y como son tan codiciosos, *causam vidue non judicaverunt, causam pupilli non dixerunt et iudicium pauperum non judicaverunt*; el pleito del pobre de la ciudad, no hay abogado que le enderece, ni juez que lo sentencie, ni los oyen ni los despachan; porque todo ha de ser á peso de dinero.....”

El retazo ha sido largo, pero nadie dirá que tenga desperdicio.....

Como se ve por los dos extractos copiados, el P. Fr. Alonso de Cabrera tenía para todos....

Antes de poner punto á lo que se ha creído conveniente decir sobre las *Consideraciones* del P. Fr. Alonso de Cabrera, cumple hacer una observación que, aunque extrínseca á ellas, es de alguna importancia.

Una de las cualidades generales y características de toda nuestra literatura de los siglos XVI y XVII es su originalidad maravillosa. Los escritores de aquella edad siguen ejemplos ó modelos conocidos, pero nadie copia á nadie, á lo menos en la parte material y concreta del estilo. Todos son originales, cada cual á su manera. En lo tocante al lenguaje, pueden señalarse á veces frases ó maneras de decir que son comunes á algunos autores ó que indican reminiscencias del uno respecto del otro, pero nunca, ó rarísimas veces, pasajes en que se ve claramente que el uno ha copiado al otro. En Cervantes, por ejemplo, hay frases, refranes y modos de hablar que traen á la memoria pasajes de la *Celestina*, de la *Comedia Selvagia*, de Lope de Rueda, de las *Notas de Herrera á las Obras de Garcilaso*, pero no se puede señalar ni una línea siquiera que el genial escritor tomara de estos autores. El mismo Fr. Alonso de Cabrera, en la *Consideraciones de la soledad y llanto de la Sacratísima Virgen Nuestra Señora*, usa muchas frases que demuestran clarísimamente que el predicador tenía bien presentes en su memoria los conceptos admirables que sobre esto dejó escritos su compañero de hábito Fr. Luis de Granada en su famoso *Libro de la oración y meditación*;

y cierto al tratar de semejante asunto no podían menos de venirle á la memoria tales conceptos, ya que quien los ha leído una sola vez por fuerza los retiene indefectiblemente; tal es el arte y la fuerza del decir del maravilloso escritor; pero ya que los tuvo presentes, no los copió, atándose servil y materialmente á ellos. Esta es, repetimos, una de las cualidades características de la literatura de los siglos XVI y XVII.

Pues bien: el P. Fr. Alonso de Cabrera halló un autor que le copió párrafos enteros, entrando por muchos de sus sermones como por real de enemigos, según se dice. ¿Y quién se diría que es este autor? Pues no es un predicador ni un escritor ascético, como creería cualquiera, sino un novelista picaresco y de los más desenvueltos y atrevidos en el lenguaje: Mateo Luján de Sayavedra, el continuador del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán. Son bastantes los pasajes en que el tal Luján de Sayavedra copia al P. Cabrera, siendo muy de notar los tomados del sermón sobre la conversión de la Magdalena, predicado á las públicas pecadoras y que consta en el capítulo III del libro III de la *Parte segunda de la Vida del Picaro Guzmán de Alfarache*. Caso es éste muy raro; como tal hemos creído conveniente señalarlo á la curiosidad de los lectores, con tanto más motivo cuanto puede ser nuevo testimonio de las facultades rapaces y ladronesas del tal Sayavedra (su verdadero nombre era Juan Martí), y que con razón decía de él Mateo Alemán, amén de lo que podía él atestiguar por sí mismo y con el testimonio de sus propias obras, que cedía fácilmente á la tentación de “dejar su negocio y empacharse en lo que no era suyo y querer quitar capas.”

Por los extractos de las *Consideraciones* que se han copiado habrá podido el lector caer en la cuenta de lo que es la predicación evangélica del P. Fr. Alonso de Cabrera, autor sobre el cual hasta ahora ha guardado nuestra historia literaria profundísimo silencio, y que, como predicador, como escritor y como enriquecedor de la lengua castellana, debe ocupar desde hoy lugar distinguidísimo en la

historia de nuestras letras. Por esta predicación podrá formarse también alguna idea de lo que fue la usada en España en los siglos de nuestra mayor cultura y de cómo se aplicaron en ella los principios de la verdadera crítica literaria.

No pudo el P. Cabrera dar á la estampa los frutos de su predicación. Publicáronlos después de su fallecimiento sus hermanos de religión, los Padres predicadores del Convento de Córdoba, y esta circunstancia puede hacernos sospechar que no los tenemos tan buenos y perfectos como serían si los hubiera él propio impreso y corregido de su mano. Aun así son ciertamente admirables.

Por no haber podido caber en las dimensiones de este volumen todos los que comprenden los cuatro tomos de esta notabilísima predicación se han omitido unos pocos, los relativos á los misterios de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Señora y á las fiestas de los Santos; ya que habiendo de seguir á este tomo otro de misterios y panegíricos, se ha creído conveniente dejarlos para ese nuevo tomo, ó tal vez, si así lo requieren las condiciones de la impresión, suplirlos con otros de otros autores igualmente notables é igualmente desconocidos.

Y ahora, después de haber dado á conocer la oratoria del P. Fr. Alonso de Cabrera, recojamos y presentemos al lector algunas noticias que hemos podido alcanzar sobre la vida de predicador tan famoso (1).

(1) Han hablado del P. Maestro Fr. Alonso de Cabrera Nicolás Antonio en su *Bibliotheca hispana nova*. Quetif y Echard en sus *Scriptores Ordinis Praedicatorum*, la *Biografía Eclesiástica*, el P. Alonso García de Morales en la *Primera parte de la historia de la ciudad de Córdoba*, ms. propiedad del Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes; el P. Antonio de Lorea en su *Historia ms. de la Provincia de Andalucía de la Orden de Predicadores*, y el P. Fr. Antonio Martínez Escudero en la *Historia del Convento de Santo Tomás de Madrid*, obra manuscrita que posee el Dr. D. Francisco Vinyals, vecino de esta Corte, quien publicó el año de 1900 la primera parte de ella, prestando señalado servicio á la literatura histórica y á la de la villa de Madrid principalmente. También hay algunas noticias sobre el P. Cabrera en los Preliminares de sus obras impresas.

Nació en Córdoba hacia el año de 1549 de la nobilísima familia de los Godoy Cabrera. Cristianamente educado é inclinado desde los días de su juventud á la piedad y á la religión, tomó el hábito en la de Padres Predicadores y en el Convento que tenía la Orden en su ciudad natal. En él profesó y dio las primeras muestras de su virtud y raro ingenio. Enviado á Salamanca para continuar sus estudios, sobresalió entre sus condiscípulos, siendo tan favorecido del famoso catedrático de prima Fr. Bartolomé de Medina, que hizo confianza de él entregándole los borradores de sus *Comentarios* á la parte tercera de la *Suma de Santo Tomás*, para que los corrigiese y pusiese en forma de poderlos imprimir, haciendo sus índices y tablas.

Acabados sus estudios ó antes de acabarlos, pues sobre esto no hablan claro los biógrafos del P. Cabrera, pero en todo caso antes de ser ordenado de sacerdote, pasó á América. En la isla de Santo Domingo dio muestras de su celo, empezando el oficio de la predicación, en que había de sobresalir en adelante. Vuelto á su patria, fue destinado á la enseñanza de las ciencias filosóficas y teológicas, leyendo primero un curso de artes en el Convento de San Pablo de Córdoba. Acabado este curso, fue trasladado á la Universidad de Osuna, donde desempeñó la cátedra de prima de Teología, recibiendo allí el grado de Maestro, de grande importancia en la Orden Dominicana.

La enseñanza que dio el P. Fr. Alonso de Cabrera en esta Universidad fue la que correspondía á la gloriosa tradición del Instituto á que pertenecía, esto es, de todo en todo tomística, excepto el punto de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, en el cual dice el editor de sus obras, el Prior del Convento de Córdoba, se apartó de la sentencia de Santo Tomás, obligado por la piedad y devoción del Excmo. Sr. Conde de Ureña, fundador de la Universidad, en la cual, como en otras muchas de España, se obligaban los catedráticos, con especial juramento, á defender esa sentencia en las ocasiones públicas que se ofrecie-

sen. "Y es justo, añade el citado editor, que en la escuela de Santo Tomás haya habido quien sepa ponderar tan altamente las razones de sentencia tan piadosa, mayormente predicador tal, que casi de justicia pedía hablar en todas lenguas y enseñar á todos en toda doctrina."

Ignóranse los años que el P. Fr. Alonso de Cabrera hubo de ilustrar con su enseñanza las cátedras de la Universidad de Osuna. Mas aunque fuesen muchos, y por grande que fuese el crédito que alcanzase con esta enseñanza, no era en ella donde habían de campear las dotes extraordinarias que en él resplandecían.

Juntábanse, en efecto, en el P. Fr. Alonso de Cabrera las cualidades más sobresalientes que podían hacer de él un orador perfecto: doctrina copiosa, gran claridad en exponerla, imaginación pronta y viva, voz clara y suave, lenguaje puro, apropiado y brillante; realzando estas cualidades, la principal que ha de tener un predicador cristiano, es á saber, el esmalte de una virtud sólida y ejemplar. Con esto no era de admirar el grande éxito que lograba con sus sermones, hasta el punto de ser considerado como el primer predicador de su tiempo.

Dice Nicolás Antonio en su *Bibliotheca hispana nova* que Fr. Alonso tuvo un hermano, por nombre Pedro, de no menor entendimiento que él, y que entró en la Orden de los Jerónimos y en el real Monasterio del Escorial; el cual hermano solía decir que en el arte de la predicación pocos ó ninguno había en España que pudieran comparársele; testimonio, añade Nicolás Antonio, que, aunque doméstico y de hermano, es de grave importancia por razón de la calidad de la persona que lo decía.

Pero más notable y de mayor autoridad para muchos ha de ser el testimonio de otro varón insigne, que nos ha dejado uno de los biógrafos del P. Fr. Alonso de Cabrera, el P. Alonso García de Morales. "El P. Melchor de Castro, de la Compañía de Jesús, dice, bien conocido por sus grandes letras escolásticas, hombre de notable verdad y rara modestia en alabar á otros, habiendo oído al P. Cabrera

un sermón de la muerte, dijo: No es estimable este talento; parecen niños delante de él los predicadores todos."

Aunque entregado del todo al oficio de la predicación, no dejó el P. Cabrera de ocuparse en otros de grande importancia en su Orden. Fue Prior del Convento de Portaceli y del de Reginaceli, en Sevilla, y del de Santa Cruz, en Granada, siendo estimado de todos, así grandes como pequeños, y en particular del Presidente de la Chancillería de Granada, D. Hernando Niño, que después fue Cardenal y Arzobispo de Sevilla, y del Arzobispo de aquella ciudad D. Pedro Vaca de Castro, que hacían singular aprecio de su persona. "En su tiempo, dice el biógrafo citado, fueron tantas las limosnas que se hicieron á su convento, que pudo labrar la escalera principal dél, una de las mejores obras que hay hoy en el Andalucía."

De Granada pasó á Madrid á predicar una cuaresma, habiendo ganado con ella tales aplausos, que porque no saliese de la Corte y poder él propio gozar de la predicación de orador tan famoso, el Rey D. Felipe le hizo merced de darle el título de predicador de Su Majestad.

Como tal predicó muchas veces á la Corte del Rey, y de seguro su libertad cristiana no menguaría ni flaquearía ante la majestad del gran monarca. La lengua que en tantas ocasiones y con tanta elocuencia había reprendido los vicios de altos y bajos, de nobles y plebeyos, de legos y de religiosos, no se turbaría ni menos cedería á los derechos de la verdad ante aquel Rey *verdaderamente católico*, como le solía llamar el Pontífice San Pío V en sus cartas, amador de la verdad y de la justicia, á quien nadie se atrevió á decir afectadas lisonjas que no experimentase su indignación y que ante todo y sobre todo aborrecía la vanidad en todas las cosas (1).

(1) El veneciano Soranzo, poco amigo del monarca español, apunta el rasgo más característico de Felipe II en la carta escrita al Dux Grimani el mismo día 13 de Septiembre de 1598, en cuya aurora el anciano Rey, tras larga y penosa lucha con la muerte, había expirado: aborreció, dice, la vanidad en todas las cosas. *Ha abborrito la vanità in tutte le cose.* (Véase *Estudios sobre Felipe II*, traducidos del alemán por Ricardo Hinojosa, p. 282).

Unos cuatro años hubo de permanecer Fr. Alonso en Madrid. Aquí residía cuando falleció el Rey D. Felipe, el domingo 13 de Septiembre del año 1598, en el Monasterio del Escorial.

Las honras que se celebraron en la capital de la Monarquía por el alma del gran Monarca fueron de lo más suntuoso que jamás se había visto en España.

A las que celebró la Corte española en la iglesia de San Jerónimo asistió Su Majestad el Rey D. Felipe III, hijo y sucesor del difunto, la real familia, los Consejos y lo más florido y granado que había en aquellos días en España. Entre los asistentes, y en preferente lugar, señalan las relaciones del tiempo (1) á los tres predicadores del Rey: el Dr. Aguilar de Terrones; el P. Maestro Fr. Francisco de Castro Verde, de la Orden de San Agustín, y el P. Maestro Fr. Alonso de Cabrera, de la Orden de Predicadores. Aquel día, que fue domingo 18 de Octubre, no hubo sermón, pero sí lo hubo el lunes siguiente 19, en el cual se celebraron nuevas honras, predicando en ellas, después del oficio de difuntos, el Dr. Aguilar de Terrones, predicador y capellán de Su Majestad el Rey difunto.

Diez días después, el último de Octubre, la villa de Madrid solemnizaba otras honras por el alma del Rey Felipe en la iglesia de Santo Domingo el Real, y para éstas fue elegido predicador Fr. Alonso de Cabrera, quien desempeñó el oficio con la elocuencia que podía esperarse de orador tan ilustre. Esta oración funeral, que fue impresa poco después de ser pronunciada, es una de las mejores piezas que nos dejó el P. Fr. Alonso de Cabrera, y la mejor sin duda entre las muchas que fueron predicadas en varias ciudades de España á la memoria del más reverenciado de sus monarcas. Aun como obra histórica, ilustradora de la vida y del reinado de Felipe II, tiene esta oración singularísima importancia, tanto mayor cuanto talvez haya pasado por alto á los historiadores.

(1) V. *Historia de Felipe II*, por Luis Cabrera de Córdoba, t. IV,

Esta hermosa oración fue como el canto del cisne. Por triste fatalidad de las cosas, al mes siguiente de predicarla seguía el gran predicador al gran Rey en el tránsito de este mundo. Acometido de no esperada enfermedad, contraída después de un sermón predicado en las Descalzas Reales á la Emperatriz María, falleció Fr. Alonso de Cabrera en el Convento de Santo Tomás de Madrid, llamado vulgarmente de Atocha, el 20 de Noviembre de 1598, no cumplidos aún los cincuenta años de su vida (1). Su muerte fue gran pérdida para la religión y para la elocuencia española.

Fue enterrado su cadáver en el enterramiento común del convento de Santo Tomás; mas en Noviembre del año 1606, el P. Fr. Alonso Portocarrero, Prior del convento de Padres Dominicos de Almagro, se lo llevó á esta villa, donde recibió cristiana definitiva sepultura. Ignóranse las causas de esta traslación.

Dejó el P. Fr. Alonso de Cabrera muchos tomos de sermones de todas clases. De ellos fueron publicados después de su muerte los siguientes:

Consideraciones sobre los Evangelios de la Cuaresma desde el Domingo cuarto y Férias hasta la Resurrección. Dos tomos, que fueron impresos el año de 1601 en el convento de San Pablo de Córdoba, de la Orden de Predicadores, por Andrés Barrera (2).

Consideraciones en los Evangelios de los Domingos de Adviento y festividades que en este tiempo caen hasta el

(1) Así consta en la *Historia* (ms.) del convento de Santo Tomás de Madrid, por Fr. Antonio Martínez Escudero, t. I, p. 261.

(2) Fue dedicada esta obra á D. Francisco de Rojas Sandoval, Duque de Lerma, Sumiller de Corpus (sic), Caballerizo Mayor de Su Majestad y de su Consejo de Estado, Comendador Mayor de Castilla. La fecha de la *Dedicatoria* es de Córdoba y Abril 1, año de 1601, y la firma el Prior y Convento de San Pablo.

Domingo de Septuagésima. Dos tomos, que fueron impresos en Barcelona por Lucas Sánchez, el año de 1609 (1).

Sermón que predicó en las honras que hizo la villa de Madrid á Su Majestad el Rey D. Felipe II, en el convento de Santo Domingo el Real, el día 31 de Octubre de 1598. Fue impreso en Madrid el año de 1598, y en Roma, este mismo año, traducido al italiano.

Fuera de estos sermones, escribió el P. Fr. Alonso de Cabrera un *Tratado de los escrúpulos y sus remedios*, el cual imprimióse en Valencia el año de 1599 en 12.^o, y traducido al italiano por Basilio Campanella fue impreso en Palermo el año de 1612.

Esto es lo que nos queda de las obras del P. Fr. Alonso de Cabrera; además de las impresas quedaron manuscritas las siguientes:

Tres tomos crecidos de las festividades de Santos que celebra la Iglesia por todo el discurso del año.

Dos de sermones funerales.

Uno de pláticas para diferentes ocasiones, como profesiones de religiosos, velos de monjas, etc.

Finalmente, dejó también varios sermones sobre las postrimerías del hombre, "trabajo singular y de grande estima, dice el editor de las *Consideraciones sobre el Adviento*, y para lo cual será menester que alguien vuelva lo suyo á su dueño." Lo cual quiere decir que los tales sermones se los había apropiado alguien, publicándolos como suyos.

De seguro todos estos sermones que dejó manuscritos el P. Maestro Cabrera se han perdido irremisiblemente.

(1) La *Dedicatoria* de esta obra va dirigida á D. Enrique Ramón Flórez de Cardona y Segorbe, etc., y la firma el Prior y Convento de San Pablo de Córdoba con fecha 14 de Septiembre de 1608. El Prior de San Pablo que promovió la edición de esta obra fue el M. R. P. Presentado Fr. Pedro Delgado, "á cuyo ánimo y determinación para emprender cosas grandes, dicese en el *Prólogo al lector*, debes lo que al presente gozas, y dél te puedes prometer lo que resta, que es lo más bien trabajado que el P. Maestro dejó." Por desgracia esto, cuya edición se prometía, no llegó á ser publicado.

Estas son las noticias que se han podido recoger de la vida de uno de los varones más notables que tuvo la España del siglo XVI, gloria del púlpito español, y que, aunque olvidado, como tantos otros igualmente insignes de aquella edad, debe ocupar lugar preeminente en la historia de nuestra cultura nacional

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española

~~~~~  
LA VOZ DEL TIEMPO

No lloréis, no! que es breve la carrera;—  
Gemid, temblad! que es hondo el precipicio....  
Los que seguís á la virtud austera;—  
Los que en el fango os solzáis del vicio.

El Tiempo soy. Una tras otra, hurtando  
Las vidas, me sustento de vosotros.  
No conocéis las formas con que ando;  
Mi nombre sí, los unos y los otros.

Presto la espuma de mis ondas cana  
Besará vuestra negra cabellera;  
No tardará la hermosa en ser, mañana,  
Mísero escombros de lo que antes era.

Al salir del misterio de la nada  
Todo, sujeto á mí, por mí padece.  
Márcole rumbo al hombre, en voz callada,  
Y él lo sigue, aunque sabe que perece!

Sabe que al convertir atrás los ojos  
No alterará sus triunfos ó su ruina;  
No ignora que entre flores ó entre abrojos,  
Lento quizá, pero á su fin, camina!

Empero cada cual, hija del cielo,  
No á mi ley sometida, tiene un alma;  
La que bendice á Dios, alzará el vuelo  
A la mansión de la perenne calma;